

EN EL OTRO LADO

En una ocasión que abordé a un ciclista para uno de mis artículos, le dije, como es habitual, que escribía para Pedalier Pro y le pregunté si conocía esta publicación. Su respuesta me llamó mucho la atención: “ah, sí, la revista del chico éste que ha dado positivo”. Sentí como si me echaran encima un jarro de agua fría, aunque la cosa no fuera directamente conmigo. Qué triste. Podía haber dicho “ah, sí, el del Lampre” o “ah, sí, ése que corre en Italia” o cualquier otra cosa por el estilo. Pero no. Das positivo y todo lo demás desaparece como si estuviera escrito en tiza en una pizarra y pasan el borrador. Es como si un día en la oficina le mandas al jefe sin querer uno de esos correos con tonterías y se entera todo el personal, con lo que pasas a ser “el que metió la pata mandándole chistes guarros al jefe”. Pero ahí no queda la cosa: el jefe decide echarte a la calle porque eres un incompetente, aunque lleves un montón de años en la empresa sacando trabajo adelante e incluso haciendo alguna hora extra no remunerada. En una oficina esto no suele ocurrir, lo normal es que, tras la bronca del superior, la cosa quede en nada y con el tiempo se olvide. Pero en ciclismo no es así.

Para la confección de este artículo he hablado con alguien que sufrió las consecuencias de un positivo en primera persona, el director de editorial de esta revista, Patxi Vila. Sus vivencias, en mayor o menor medida, dependiendo de la personalidad de cada uno, son las mismas por las que han pasado otros ciclistas en su misma situación, que probablemente se sentirán identificados con lo que voy a escribir a continuación. Pero para quien no ha pasado por esto la cosa no queda tan clara, por ello, como indico en el título del artículo, mi propósito con estas líneas es concienciar a personas que “están fuera” de lo que conlleva dar positivo. Es natural en el ser humano ver nada más que a través de sus propias gafas y considerar que lo que lo que les ocurre a los otros es por su propia culpa y que “eso no me puede pasar a mí”. Como muestra valga un botón: Contador creía antes en el sistema antidopaje y ahora ha dejado de creer. No hay nada como sufrir en las propias carnes una situación para darte cuenta de lo injusta que puede llegar a ser. Y como la mayoría de los lectores no son ciclistas profesionales, pero seguramente muchos sí se pasan ocho horas como mínimo trabajando por cuenta ajena, voy a utilizar, como he avanzado en el párrafo anterior, el símil de la oficina para comparar situaciones en este ambiente con el ciclismo profesional. Porque, no olvidemos, será un deporte, será muy bonito, pero también es un trabajo.

El impacto

Para empezar, que te digan que has dado positivo vendría a ser como decirte “estás despedido”. Imagina (sé que es complicado, porque parece una aberración, pero en el ciclismo es así) que la empresa tiene como norma que sus empleados no pueden consumir alcohol y para que se cumpla te hacen controles de alcoholemia. El motivo del despido es que has superado la tasa permitida. Tú argumentas que no es posible y un amigo ex alcohólico, que controla el tema, te dice que si te has pasado con el vinagre en alguna ensalada, que algunos vinagres tiene más alcohol que la cerveza. Entonces recuerdas que aquella ración de boquerones que te tomaste en el bar de la esquina el otro día estaba un poco “echá p’alante”. Así que el alcohol viene de ahí. ¿Y cómo se me iba a ocurrir? Lo comentas en tu empresa pero da igual lo que digas. Has incumplido las normas. El despido es procedente y te vas a la calle sin finiquito. Bueno, pues en el caso de de muchos deportistas la sustancia puede estar en alguna barrita o suplemento dietético contaminado, que se ha demostrado que los hay. Si hasta la medicación para el catarro puede dar positivo...

El caso es que tengas culpa o no, estás despedido. Toma hombre del mazo, sin estar corriendo. Lo peor es que no lo viste venir. Cuando el cerebro sabe que va recibir un golpe, un gran disgusto, algo que le suponga mucho dolor, despierta a su sistema inmunológico, se prepara para recibir el impacto. Para ello necesita su espacio, por lo que, si este susto es repentino, no le da tiempo a prepararse y entonces el procesamiento de la información corre a cargo del área más primitiva de nuestro encéfalo: la amígdala. No, no hablo de las de la garganta, sino, como su nombre indica (amígdala en latín significa almendra) es una pequeña parte de nuestro cerebro que se activa en situaciones de gran estrés, movilizándolo todos los recursos del organismo al objeto de preparar una huida o un enfrentamiento. En el humano primitivo era más grande para poder responder rápidamente ante la amenaza de un depredador. Pero en la actualidad no estamos en las cavernas cercados por lobos y si la amígdala se pone en marcha no gastas todo lo que tu organismo pone a tu disposición (aumento ritmo cardíaco, tensión muscular, respiración, etc.). No puedes escapar de tu despido ni enfrentarte a tu jefe ya que te podrías buscar un problema extra. Por tanto, la movilización se queda dentro del cuerpo, lo que te puede llevar a sentir náuseas, sensación de ahogo, nerviosismo, estómago y/o tripa revuelta... mientras el cerebro se sigue preguntando *qué demonios ha pasado* ¿dónde está el lobo? ¿Por qué no corres?

Si el empleado imaginario en cuestión se hubiera tomado un cubata, lo hubiera esperado, pero al no hacerlo ¿cómo iba a pensar que le iba a pasar a él? Lo mismo le ocurre al ciclista que no espera su positivo: no puede ser. **No puede haberme pasado a mí.** Tiene que ser un error. Es que es imposible. El bloqueo mental impide razonar, simplemente, no puedes creer lo que te está pasando. En realidad el cerebro se está protegiendo: no quiere creer que exista una amenaza porque no puede responder a ella, no hay escapatoria. Este impacto supone para muchos ciclistas el pistoletazo de salida para una carrera bien distinta. La que supone, si eres capaz de ello, superarte a ti mismo y descubrir otro mundo. Pasar **al otro lado.**

¿Y ahora, qué?

Un desempleado lo primero que hace es inscribirse en la oficina de empleo, y lo siguiente, a confeccionar currículum y a enviarlos a todo anuncio que pida personal. Un ciclista que ha dado positivo, lo primero, el contraanálisis. Y lo siguiente, si éste confirma el positivo, recurrir la sanción. El desempleado pasa página (a menos que le suponga un trauma estar en el paro) porque no le han prohibido seguir trabajando, puede seguir en otra empresa. En cambio, al ciclista no le dejan competir y no puede pasar página, porque tiene que demostrar que existe un producto contaminado y que no lo sabía. Y ya sabemos lo que es un proceso judicial: recurso va, apelación viene, pasan los días y tú sin saber si vas a poder correr.

Pero eso no es lo peor. Lo normal es que un desempleado, sobre todo si su falta no ha sido negligencia en el trabajo sino que cometió un error del que no era consciente, reciba el apoyo no sólo de su familia, sino también del entorno en general (amigos, ex compañeros de trabajo...). Un ciclista que ha dado positivo, en cambio, se siente **solo. Absolutamente solo.** Otros ciclistas, como el que mencioné al principio del artículo, le marcarán: ése es el que dio positivo. Los medios de comunicación elucubrarán sobre si tomó o no la sustancia, si es culpable o no. Muchas de las personas que mostraban su admiración por ti, que te decían lo bueno que eres y te pedían gorras del equipo dejan de hacerlo. Intentas explicar lo que te pasó pero no te creen. Algunos ni siquiera son capaces de decírtelo, pero se les nota en la mirada. Te están diciendo con los ojos: "si, si, di lo que quieras, pero tú ibas puesto, como todos, si es que al final no se libra nadie". Casi todas esas personas son los que en el fondo te tenían envidia y te seguían para contagiarse de tu gloria mientras escondían su complejo de inferioridad. Pero ahora se sienten superiores a ti. No les interesa creerte. Pero tú no eres capaz de ver eso. Tú creías que te apreciaban, que eran buena

gente ¿por qué no iban a serlo? No entiendes por qué ese cambio de actitud. El teléfono deja de sonar. Ya no te llaman. Has dejado de existir.

Tu carrera se convierte en un oscuro túnel. Hasta entonces habías vivido bajo la luz de trabajar en lo que te gustaba, aquello por lo que habías sufrido, y de repente todo se apagó. El resplandor quedó atrás, tu camino se convierte en una senda incierta, no sabes por dónde vas ni cómo encontrar la salida. Y lo peor de todo es que tus seres más queridos se han quedado en la entrada del túnel, casi tan oscurecidos como tú, esperando que encuentres la salida. Sabes que están ahí, pero que también sufren, y sufren por tu culpa. No es la culpa del positivo, sino la culpa de que estás mal y como te están viendo mal sufren. Sufren por ti. Sufren porque te quieren. Y eso te hace sentir más culpable aún.

La montaña rusa

Pasado ese estupor e incredulidad iniciales, empiezas a ser consciente de lo que te ha ocurrido y de que tienes que tomar medidas para seguir adelante. Hay que remontar como sea, esto pasará, conseguiré superarlo. Muchos siguen entrenando porque nadie les puede quitar seguir disfrutando de la bici, y se motivan pensando que pasará la sanción y volverán a competir. Mientras haya ilusión habrá lucha. Pero hay momentos en que crees que vas a poder con todo y otros en los que te sientes hundido. Al seguir la analogía del desempleado de la oficina, vemos otra diferencia más: tú no vas a ver publicado en los medios de comunicación cómo siguen trabajando tus compañeros, el ciclista sí. Los ves en tal o cual carrera y sientes tristeza al saber que *no puedes estar allí*. No puedes compartir sus alegrías ni sus penas. La nostalgia, el sueño roto, hace que vuelvas a caer en picado cuando apenas habías comenzado a remontar. Vuelves atrás en el túnel, y la distancia a la salida parece más lejos. Tu gente, además, sigue ahí, intentando iluminarte. La culpa se recrudece: no sólo sufren porque yo estoy mal, sino que también condiciono sus vidas.

El problema del desempleado también está presente en el ciclista: no hay ingresos. Alguien tiene que llevar dinero a casa si tú no puedes. Hay cosas a las que estabas acostumbrado y tienes que renunciar porque caso contrario no llegas a final de mes. Se acabaron los caprichos. Y el futuro sigue siendo incierto. ¿Qué hago? ¿Persisto en seguir siendo ciclista o tiro la toalla y me dedico a otra cosa? Es como el oficinista que ve que no hay trabajo en su sector y se plantea cambiar de ocupación. Volver a empezar. Todo el tiempo que has dedicado a tu empresa se va al garete. Quizá deba aprender un nuevo oficio, y empezar de cero. O quizá debería seguir intentando currar de lo mío, que es lo que mejor controlo. Y mientras tanto, es tu cónyuge quien lleva el dinero a casa o tus padres te siguen manteniendo.

Tocando fondo

Pasa el tiempo y pasa la sanción. Por fin. Vuelvo a ver la luz: puedo volver a correr. Vamos allá. A buscar equipo. Algunos tienen suerte, pero otros muchos se encuentran con que, como dice un amigo mío, esa luz no era el final del túnel, sino los faros de un camión directo hacia ti: nadie te quiere contratar. Al esquivar el camión caes en un pozo. Todo es más oscuro aún. Antes había una fecha: la del fin de la sanción. Confiabas en que cuando aquello pasara regresarías, que lo peor había pasado. Pero no. Estaba por llegar.

Cuando te caes a la piscina sin saber nadar, una solución es llegar hasta el suelo y una vez allí impulsarte hacia arriba. Hay ocasiones en que la única forma de no ahogarte es ésa: tocar fondo. Los ciclistas profesionales viven en una especie de burbuja. Son personas que han conseguido su sueño y están felices sin apenas ser conscientes de los problemas que existen fuera de ese lugar

ideal. Al dar positivo y no poder seguir compitiendo, la burbuja se resquebraja, pero cuando eres consciente de que quizá no puedas regresar a la competición, se rompe definitivamente. Y es que el entramado del dopaje va mucho más allá de la sanción. Nuestro oficinista en paro no se encontrará con que en otra empresa le rechacen porque se comiera una ración de boquerones excesivamente avinagrados. Aunque también estén acogidos a un código ético de oficinas y despachos regulado por la Unión Oficinista Internacional, les bastará con que el candidato a ocupar un puesto de trabajo en su compañía les garantice que a partir de ahora aliñará sus ensaladas con limón. Pero con el ciclista no vale. La marca del dopaje es como la de una res: está grabada a fuego en tu expediente. Hueles a quemado. No te podemos fichar.

En este punto, desde el fondo del pozo, es cuando te das la vuelta como un guante y empiezas a ver dónde están los ladrillos que sobresalen para poder trepar. Y cada vez que descubres uno sientes una alegría que antes no hubieras imaginado. Fuera de la burbuja hay otras cosas. Y tú eres otra persona. Antes no hubieras podido creer que serías capaz de escalar, sobre todo sin saber lo que te vas a encontrar cuando salgas, porque igual no vuelves a tu mundo anterior. Pero aunque no estás seguro de saber trepar, lo vas a probar. No hay nada seguro en esta vida. Los palos te hacen madurar, y es cuando aprendes a apreciar el apoyo de los que más te quieren, tu familia, tus amigos de siempre. Con ellos comienzas a impulsarte hacia arriba.

Cuando todo parecía perdido...

Pasado un tiempo de lucha infructuosa por regresar, el ciclista valorará la posibilidad de tirar la toalla. En este punto, resulta durísimo pensar que la decisión de retirarte va a ser forzada y no voluntaria. Es como cuando el oficinista desempleado ve que al final se va a tener que meter en un curso del INEM de capador de pollos, porque ahora es donde hay trabajo, o ponerse a repartir pizzas. Es una cuestión que va más allá del dinero, de la fama. Es algo tan sencillo como tener la libertad de ser tú quien decida cuándo lo dejas, o que si tienes que colgar la bici sea por problemas físicos. Hay muchos ciclistas que se han visto obligados a retirarse porque no han encontrado equipo aunque no hayan dado positivo. Es también difícil de superar, pero sabemos como está el mercado, la falta de patrocinadores. Pero no regresar porque en su día cometiste un error... hasta los asesinos tienen derecho a reintegrarse en la sociedad. En cambio, un ciclista lo pasa fatal para volver a correr aunque haya cumplido con su sanción. Sobre todo si no es una figura.

La historia de Patxi, al menos, ha tenido un final feliz. Y lo mejor de todo es que ha sacado más cosas positivas que negativas de esta tremenda experiencia. Nunca sabes hasta qué punto los tuyos están contigo. No lo sabes hasta que no los necesitas *de verdad*. En esos momentos tan duros donde los sientes cerca, consiguen hacerte más fuerte, más persona. Mucha gente piensa que cuando te das cuenta de que eres vulnerable es cuando te crees más débil. Craso error. Cuando aprendes que no eres perfecto, que no puedes controlar todo lo que tienes a tu alrededor, cuando comprendes que necesitas a los demás, es cuando empiezas a ser feliz. Se trata, sencillamente, de aprender a compartir. Ésa ha sido la mayor victoria de Patxi: ahora es más campeón que nunca.

Desde aquí le doy las gracias por haber compartido su experiencia conmigo. A mí también me ha servido.